

Schatan Jacobo. **América Latina. Deuda externa y desarrollo. (Un enfoque heterodoxo)**. México, El Día en libros, 1985, 186 pp.

En medio de la selva de textos escolásticos y la urdimbre de conceptos oficiales y oficiosos que sofocan hoy, ya no las soluciones, siquiera la comprensión de la crisis de la deuda externa, se respiran con alivio burbujas de oxígeno como las que manan de la pluma del economista chileno Jacobo Schatan.

El autor asume — y la lucidez de sus argumentos promueve la esencialidad de llevar a cabo un debate amplio que, más allá de las manifestaciones superficiales de la crisis, se aboque al análisis descarnado de sus causas centrales y, consecuentemente, al examen de posibles soluciones de fondo y no simplemente cosméticas”.

Los enfoques “técnicos y contables” del problema de la deuda tienden a presentarlo como inevitable y aun deseable, por cuanto se le considera “inmanente al desarrollo o al crecimiento económico.” Schatan muestra como dicho problema deriva de la elección de un modelo de desarrollo, de un patrón de vida copiado de

sociedades que precisamente pueden sostener tal tren en la medida en que explotan ese mimetismo, en la medida en que pueden seducir a unas elites para que administren y gerencien la perpetua y carisma frustración del ensueño consumista de enormes masas de personas que “regalan” su trabajo en pos de una ilusión.

“Uno puede preguntarse: ¿qué ganaron los millones de ‘nordestinos’ con el ‘milagro’ brasileño, que llevó a su país a la ‘honrosa’ categoría de NIC (sigla inglesa de ‘nuevo país industrial’)? ¿Qué ganaron los campesinos o los obreros chilenos con el gasto de miles de millones de dólares en la importación de armamentos, de automóviles, de whisky o de juguetes electrónicos? Lo que a ellos y a otros millones de desventurados latinoamericanos les tocó en suerte fue quedar hipotecados por muchas generaciones, puesto que los países de esta región deberán continuar remesando, por tiempo indefinido, enormes cantidades de recursos físicos y de trabajo, para pagar esa deuda que se acrecienta día tras día. Cada nuevo préstamo que se solicita para pagar los anteriores resulta más caro. De esta manera, los países de América Latina se han convertido en siervos del capitalismo internacional; a semejanza de lo que ocurría en la época feudal, quedarán encadenados a la obligación de exportar sus recursos para pagar una deuda que —de no adaptarse medidas dramáticas— no se extingue jamás, una deuda fomentada y mantenida por la espuria alianza de las clases dominantes criollas con la banca e industria transnacionales”.

Schatan es un economista que ha desempeñado cargos directivos en organismos de las Naciones Unidas. Ni este antecedente ni el estilo ponderado y en buena parte académico de su libro lo pintan como un “radical ideologizado”. Antes bien, admitiendo él mismo que algunos de sus datos y cifras pueden ser imprecisos o incompletos, exhibe en todo momento el ánimo de encontrar interlocutores en la cordura y la racionalidad política pero también en la profundidad.

Hoy está muy desacreditado el argumento de que el desarrollo de los grandes se hace a costa del atraso de los pequeños. Schatan simplemente exhibe el significado expoliador de la deuda, en términos del volumen de materiales y trabajo incorporado que el Tercer Mundo debe remesar un pago del servicio cada vez más oneroso de los préstamos.

Montada en forma de círculo vicioso, esta expoliación tiene límites críticos, amenaza con dar al traste con la economía mundial, amén de destruir y agotar recursos preciosos para la existencia humana. Luego entonces, es responsabilidad de todos desmontarla como ha sido responsabilidad de acreedores y deudores llegar a la pesada crisis que nos agobia.

Frente aquellos que alegremente pregonan las bondades de la “interdependencia”, Schatan exhibe los enormes estragos de esa “falacia” y los intereses que mueven a mantenerla tanto en el plano teórico como el práctico. Una de las funciones que cumple esta relación de “so-

cios" es que los más débiles le compren a los más fuertes sus excedentes industriales. Pero esto, a su vez, no es más que una trampa siempre renovada para obligar al Tercer Mundo a políticas de exportación que redundan en una malbaratamiento de recursos.

Así, las tendencias contrapuestas entre el precio de los préstamos (que se han convertido en una verdadera "adicción") y el precio de las materias primas, se convierten en una "tenaza" que "estrangula a los países del Sur, al forzarlos a aumentar constantemente sus remesas físicas a los países del Norte. Se establece de ese modo un verdadero círculo infernal: suben los gastos de defensa y el déficit fiscal en los Estados Unidos, se elevan las tasas de interés y los países deben aumentar sus remesas de materias primas; a la vez, este incremento de la oferta presiona hacia la baja los precios de las materias primas, lo cual obliga a los países deudores a incrementar nuevamente sus exportaciones para hacer frente al pago de los servicios de la deuda".

Pero entonces, Schatan insiste en que los acreedores no son los únicos responsables. Los deudores no han sabido comprender o han disimulado que el "despegue industrial" que el Tercer Mundo ha podido realizar cubría fases depresivas de los industrializados y que sus oleadas de crecimiento siempre cumplen funciones subordinadas que en ningún momento tienen opción por un verdadero desarrollo, en tanto no cambien una determinada cantidad de reglas en las relaciones internacionales.

El resultado de la ilusión desarrollista, por debajo de la cual corre una fascinación consumista cada día más insostenible, ha sido una fuga enorme de capitales, una distorsión vergonzosa de los hábitos, y una destrucción significativa de recursos y posibilidades, amén de que la realidad y las mentalidades se encuentran estrechamente encadenadas por la ya omnipresente deuda.

¿Cómo desactivar esta bomba de tiempo? Schatan es perfectamente consciente de que América Latina no está preparada ni alienta la intención de incurrir en la responsabilidad desproporcionada de declarar una suspensión unilateral de pagos, como tampoco está preparada para emprender acciones políticas conjuntas de fondo.

Y aquí es donde aparece la debilidad de sus propuestas para superar la crisis. Porque tras iluminar los entretelones del escenario y asentar la escasa disponibilidad o capacidad política de las partes para modificar la situación, propone soluciones que supondrían una realidad muy flexible y una actitud de arreglo y negociación, características que su propio análisis descarta.

Luego de juzgar que las fórmulas para la solución de la deuda que se barajan en la actualidad son "totalmente insuficientes", propone que "una fórmula más apropiada debería perseguir al menos las siguientes dos cosas: (I) la disminución del valor total de la deuda, (eliminando las cargas superficiales que tuvieron lugar en el último decenio como producto de distorsiones de la propia crisis) y (II) la 'congelación' del monto de recursos físicos por unidad de servicio de la deuda que estos países deben remesar anualmente."

Pero aunque se consiguiera lo anterior, dice Schatan, "el problema de fondo no quedaría resuelto". Habría que proceder a la "eliminación de las causas estructurales". Lo que para Schatan significa una desconexión del Tercer Mundo con respecto al Primero para lograr un nivel de "autarquía" que permita la consecución de una "sociedad racionalmente ordenada".

Con cierto optimismo Schatan ve aparecer condiciones tanto para una solución inmediata como para la solución "estructural". Por un lado cree que la crisis misma abre resquicios en la pared monolítica de los acreedores por los que pueden depositarse alternativas de solución. Por otra parte, "la liberación del fetichismo del comercio internacional, adorado hasta ahora como el 'Dios del Desarrollo' puede ser facilitada por el propio desarrollo tecnológico del mundo industrializado, que anularía su dependencia de ciertas materias primas vitales". Esperemos.

Guillermina Plancarte.